Traslado de los restos de Azaña.

"No sé como puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su juventud"
Miguel de Unamuno

JOSÉ DE BENACANTIL EN EL ENTIERRO DEL PRESIDENTE AZAÑA

José RAMÓN Y MENA

José de Benacantil ha nacido en mi misma ciudad. En la calle de San Fernando, donde nacimos mi hermano y yo, paralela a la Explanada, a ese Paseo de los Mártires que siempre llamamos los republicanos y a unos cien metros del mar.

José de Benacantil y yo, formamos, en muchas ocasiones cuerpo y alma, en las vicisitudes del vivir, en este valle de lágrimas. Lo encontré allá por donde fui y donde viví, adopté sus tendencias, sus manías, sus predilecciones, sus creencias, o él las mías. Por haber sido educado en el Colegio Francés y en la Escuela Modelo y más tarde cursado estudios en la Escuela Normal del Magisterio, durante la República el mismo amor de la libertad y de la tolerancia nos unió siempre, y si no tuvimos el "sentido trágico de la vida" que decía nuestro Miguel de Unamuno, por lo menos vivimos juntos y al unísono el destino

trágico que la vida colocó en el camino de nuestra desgraciada generación. Y seguimos dicho camino, sin querer "escurrir el bulto", sin claudicaciones, con la cabeza alta, mirando siempre adelante, lo más lejos posible, para no ver lo que ocurría a ras del suelo (que suele ser, por lo general insignificante) con la esperanza puesta en un mañana que sería mejor, si no para nosotros, por lo menos para los alicantinos que nos sucedieran. Así hemos llegado a ver el final de "esa calle de la Amargura" que fue el exilio. Y hemos llegado a la meta del objetivo que nos trazamos, a cuyo logro fuimos siempre fieles, pero hemos llegado... agotados por los esfuerzos y por los años, que no en balde pasan. Cuarenta años son muchos, a pesar que Carlos Gardel cantara en uno de sus inmortales tangos aquello de "veinte años no es nada".

"Cuando vuestra patria os cree incompatible con su reposo, con sus instituciones o con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandonéis con ella la mitad de vuestra vida. Por todas partes hay aire, pero no es el aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofreceros, pero ninguno es el hogar donde habéis recibido la bendición de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñásteis con vuestras esperanzas muertas en flor y fuistéis feliz con vuestras rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver, pero vuestros huesos estarán más solitarios en la tierra lejana que no albergue también los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos"

Eso decía del exilio el eximio Emilio Castelar en su maravillosa obra "Vida de lord Bairon" y terminaba diciendo:

"...Y un día volvéis los ojos tristemente hacia allá, hacia el lejano país donde tuvísteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones, en ser el último de sus ciudadanos, el más oscuro de sus hijos, para tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar,y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura".

Sí, el exilio fue "una admirable Numancia errante que prefirió morir gradualmente a darse por vencida". Así lo escribió Luis de Araquistain y así fue. Es la mejor definición del exilio político español. "Tanto por la voluntad de no declararse vencidos como por su condición física misma de ámbito libre y de muro resonador" dice Juan Marichal. El exilio español debe enorgullecerse de esa condición "numantina" porque la Historia está hecha de esfuerzos así, de largas esperanzas y de firmes lealtades. Nada más que en el Campo de Concentración de Manthausen, miles y miles de españoles sufrieron el martirio del holocausto. El Rey Juan Carlos I rindió homenaje personal a estos hombres colocando una placa que recordara el sacrificio de estos miles de republicanos españoles.

Y no olvidemos a mis compañeros de armas, que dejaron sus vidas en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, luchando en las filas de los ejércitos ingleses, americanos y franceses contra la barbarie nazi.

"La simbólica "Numancia Errante" ha sabido legar a la patria, que también es, y cómo no, nuestra, una continuidad ideológica, una consistencia espiritual y hasta una simple ética que son indispensables para la tarea de reconstrucción de la España democrática".

Y cómo no recordar en este momento, a los miles de intelectuales españoles que permitieron, por sus actividades en el extranjero, en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos pero sobre todo en Hispano-América, que el genio de España, su fuerza creadora, su presencia intelectual, su cultura, estuviesen presentes en el Mundo, mientras que nuestra Patria estaba aherrojada y sometida bajo el peso de una intolerancia retrógrada y feroz.

Rafael Altamira, Manuel de Falla, Pablo Casals, Pablo Picasso, Margarita Xirgu, Antonio Machado, Niceto Alcalá Zamora, Marcelino Domingo, Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Ossorio y Gallardo, Jiménez de Asúa, Largo Caballero, Ruiz Funes, José Giral, Martínez Barrio, Álvaro de Albornoz, Ballester Gozalvo, Fernando Valera y el muy sabio General Emilio Herrera, uno de los mejores matemáticos del mundo, que editó unas Memorias como extensión de la teoría de la relatividad de Einstein y un muy larguísimo etcétera de profesores, médicos, magistrados, diplomáticos, periodistas del temple de Roberto Castrovido o de nuestro Carlos Esplá, forman parte de la legión de compatriotas que durante la "NUMANCIA ERRANTE" continuaron sobre todo en América Latina, a laborar "AD MAJOREM HISPANIA GLORIAE". Son los que yo designé como "los olvidados de la Historia", los que al decir del poeta:

"Ese pueblo sin casa ni zapatos que todo lo perdió en una primavera sangrienta y desolada..."

Ninguno de ellos, además, doblegó y bajó la cerviz ante nada y ante nadie y algunos como el primer Presidente de la Segunda República, Niceto Alcalá Zamora, ciego y pobre, en Buenos Aires, cuando se le invitó por el régimen de los perjuros a regresar a la patria, prometiéndole que todas sus inmensas propiedades y su cuantiosa fortuna le serían devueltas, contestó con la grandeza de espíritu de sus paisanos Maimónides y Séneca con esta frase lapidaria: "SE PUEDE VOLVER PARA RECUPERAR UNA PATRIA PERO NO PARA RECUPERAR UN PATRIMONIO".

El Presidente Alcalá Zamora, ciego y pobre, murió en Buenos Aires y su féretro, como así lo había deseado, fue envuelto en la bandera tricolor de la República.

A esos, olvidados, de lo que fue nuestra NUMANCIA ERRANTE, les debe aún hoy, nuestro país, reconocimiento por lo que por la patria hicieron.

Conviene precisar la distinción entre exiliados por motivos políticos y emigrantes. El emigrante, aunque lo sea por fuerza, no es un verdadero exiliado. Lo que aleja al emigrante de la tierra nativa es, en general, la falta de patrimonio. Lo que aleja al exiliado hacia zonas extrañas del espíritu, que física-

trágico que la vida colocó en el camino de nuestra mente puede estar muy cerca, es la falta de patria.

La emigración lo es sobre todo en el orden material. El exilio político se puede decir que es cosa de las almas. Los disidentes, los proscritos son, en verdad, exiliados en su propio país. Somos muchos los que hemos conocido ese gran dolor que afecta en todos los climas a lo más noble y exquisito de la sensibilidad humana.

Las situaciones son distintas. El desterrado va en busca de una nueva vida. El exiliado se aferra a la pasada. Ha dejado atrás a los padres, a la esposa o a la novia, a los hijos y a los amigos. El desterrado espera volver después de hacer fortuna. El exiliado no puede volver sin su ideal.

En nuestras muchas y largas conversaciones, durante tantos y tantos años, José de Benacantil, me ha contado muchas cosas por él vividas, hechos anodinos, anécdotas tristes o jocosas, acontecimientos de toda índole, alegrías efímeras, momentos de ilusiones anheladas y trágicos destinos a los que las circunstancias le obligaron a ser unas veces testigo y otras protagonista. Pero, nunca jamás, José de Benacantil me habló de desilusión.

He visto desfilar, con pormenores detallados, los campos de concentración de Argelès-Sur-Mer, de Saint Cyprien y de Barcares, en el sur de Francia, su campaña en el ejército francés luchando contra el nazismo. Y me habló también de las Compañías de Trabajadores y de la ocupación alemana en Francia.

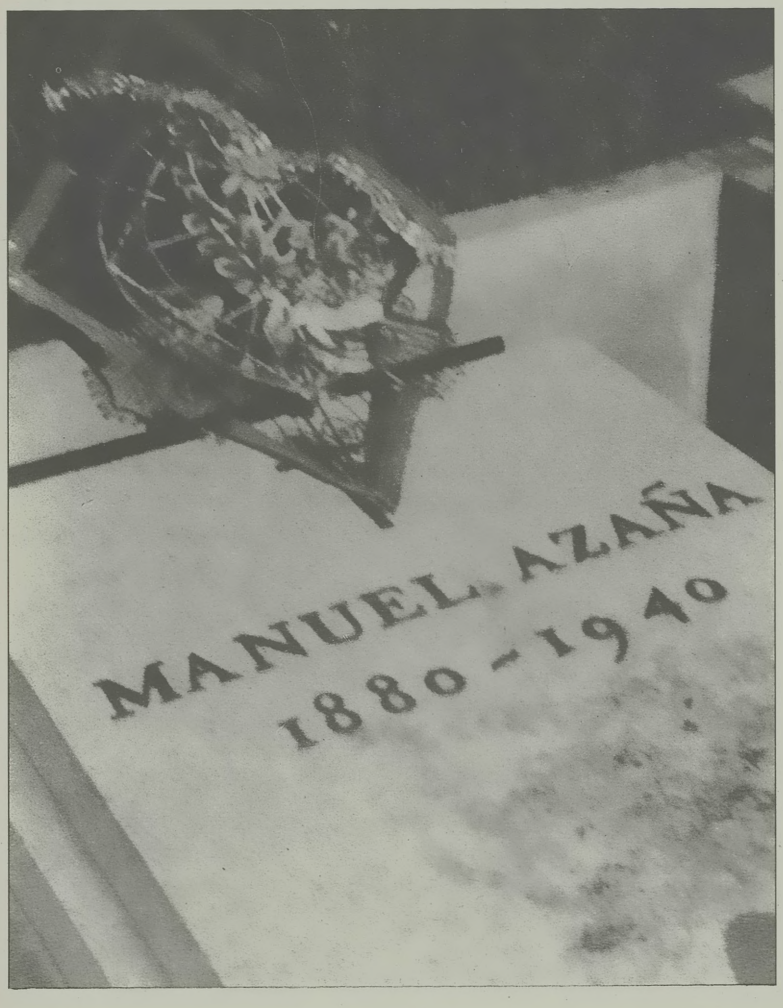
Todo ello, por ser archiconocido y haber sido expuesto y relatado detalladamente en miles de escritos y monografías y en conferencias, no me parece poderse retener como recuerdo "sobresaliente y primordial" y destacado del exilio de José de Benacantil. Miles y miles de republicanos españoles han vivido y sufrido estos acontecimientos, como otros sufrieron más tarde los horrores de los Campos de Concentración Nazis de Manthausen, Buchenvald o Dachau.

Pero entre lo relatado hubo, un hecho que marcó de manera personal los recuerdos de José de Benacantil. Fue el fallecimiento del Presidente Azaña y los acontecimientos que le rodearon.

Hoy más que nunca, al cumplirse el cincuentenario del triste acontecimiento los recuerdos se hacen más vivos.

Firmado el armisticio entre Hitler y Petain, con una intervención entre bastidores de Lequerica, lo que quedaba del Regimiento en el que había hecho la campaña, José Benacantil, se concentró en un de-

En un acto celebrado en la Sala Pleyel, París 1947. *De izquierda a derecha:* Álvaro de Albornoz, Exministro de Justicia, Doctor Herraiz del Consejo Nacional de Izquierda Republicana, José de Benacantil, José Ballester Gozalvo, Diputado a Cortes de Toledo y Exdirector General de Primera Enseñanza.



pósito militar, situado en Sepfonds, una pequeña ciudad a unos kilómetros de Montauban, ciudad donde, después de muchas vicisitudes y viniendo de Le Pyla, huyendo de la ocupación alemana de la costa atlántica francesa, se refugió ya enfermo, don Manuel Azaña, acompañado de su esposa, D.ª Dolores de Rivas Cherif, del Dr. Pallete y de su fiel mayordomo Antonio Lot.

En cuanto tuvo conocimiento de ello, José de Benacantil, intentó visitar al Presidente interesándose por su estado de salud. Ya no se le permitían visitas dado la gravedad de su estado. Así se lo manifestó D. Ricardo Gasset, diputado de Unión Republicana y ex-director de La Libertad de Madrid, que vivía con otros amigos, entre ellos Francisco Galicia y el General Hernández Sarabia, cerca del Presidente.

La gravedad del estado de salud del Presidente Azaña, produjo gran emoción en José de Benacantil. Había sido de siempre, en unión de Marcelino Domingo, fallecido un año antes en Toulouse, ambos creadores de Izquierda Republicana, el líder político que había guiado en el plano nacional su actuación política, como lo fueron en el plano alicantino, su tío Pascual Ors, Lorenzo Carbonell, Eliseo Gómez Serrano, Álvaro Botella (del que fue Secretario José de Benacantil, en la Presidencia de la Diputación) y Franklin Albricias que con su hermano Lincoln (hoy residente en Barcolona), fueron sus profesores en la Escuela Modelo.

A la memoria de José de Benacantil, vinieron una serie de acontecimientos por él vividos en años anteriores y que todos giraban en torno a D. Manuel Azaña.

Le recordaba en sus intervenciones en el Parlamento, en sus discursos en Campo Abierto (Mestalla, Baracaldo, Comillas...), durante la "guerra incivil", en sus iniciativas y sus tomas de posición no siempre acordes con los gobiernos de Largo Caballero o Negrín. Vinieron a su memoria también los discursos en Madrid y en Valencia, durante la guerra fratricida y sobre todo el último que pronunció el 18 de julio de 1938 en el Salón del Concejo de Ciento en el Ayuntamiento de Barcelona.

El Presidente Azaña era un conjunto de virtudes y defectos, como todos los hombres, pero en cuanto toca a su vida política, fue una de las mentalidades más precláras de la paleta política española. Hay quien lo consideraba antipático y algunos lo trataron de ogro. No era ni mucho menos orgulloso, sobre todo con los humildes. Lo que tenía era horror manifiesto contra los mediocres. Tenía, como decía Salvador de Madariaga, "su alma en una buhardilla".

José de Benacantil oyó decir un día en la Sala Pleyel en París, a D. Diego Martínez Barrio, el juicio que le merecía en lo político el Sr. Azaña:

"Yo he gozado de la maravilla intelectual y emocional de grandes discursos. He oído a Salmerón, majestuoso como un Dios. A Moret que conocía y utilizaba, como nadie, los secretos del idioma. A Canalejas cuya dialéctica servida por una enorme cultura pasmaba a los oyentes. A D. Antonio Maura, artista de la palabra y del gesto. A Melquiades Álvarez, émulo de Castelar. A Lerroux que llegaba con el más emocionado de los acentos a las cimas de la inspiración. Al propio Alcalá Zamora, impecablemente correcto, en cuyo verbo se unían la grandeza de Donoso Cortés y la belleza literaria de Góngora. A muchos más. Pues bien, ninguno de ellos reunió las multiples cualidades que se dieron en Azaña. Quizás alguno de ellos fuese más elocuente, posible que otros administrasen mejor el gesto. Admito, incluso, que Salmerón le aventajara en cultura filosófica y Canalejas y Alcalá Zamora en cultura jurídica, pero la variedad de las condiciones oratorias y polémicas de Azaña fue superior a la de sus inmediatos antecesores y a la de sus contemporáneos".

Unos días después de su visita a Montauban, José de Benacantil recibió de D. Ricardo Gasset la triste noticia del fallecimiento del Presidente Azaña. ¿Qué había ocurrido desde su anterior visita? Un hecho desgraciado había ocurrido: el Dr. Pallete el médico que había sido siempre quien se ocupaba de la salud del Presidente, se había suicidado. El estado de salud del Presidente se había deteriorado notablemente y mientras, el Embajador de México, por encargo expreso del Presidente Lázaro Cárdenas

La tumba definitiva del Presidente Azaña, momento antes de ser depositado el féretro.

se preocupaba de salvar a Azaña de un posible rapto por parte de los policías franquistas ayudados por la policía alemana (como ya había ocurrido con Companys, Cruz Salido, Julián Zugazagoitia, Peyró, Montilla, Miguel Salvador y el propio cuñado del Presidente: Cipriano de Rivas Cherif) un último ataque le paró el corazón y acabó con la vida del Presidente. Premonición de su discurso de Valencia en 1937:

"La victoria será impersonal. No será el triunfo de los partidos ni de las organizaciones. Será el triunfo de la libertad republicana, de los derechos del pueblo, de las entidades morales ante las que nos inclinamos. No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, seguramente su *CORAZÓN SE ROMPERÁ* y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España".

El óbito ocurrió en la noche del 3 al 4 de noviembre de 1940. Estaban en la habitación del Presidente, su esposa D.ª Dolores de Rivas Cherif (que aún vive en México y a la que quiero rendir homenaje de pleitesía, por su admirable coraje, y su digna actuación de siempre al lado de su marido, al que nunca abandonó, incluso pasando con él a pie, la frontera francesa) su amigo de siempre D. Francisco Galicia, su mayordomo D. Antonio Lot y el leal entre los leales, el General D. Juan Hernández Sarabia. Más tarde acudió el Obispo de Montauban Monseñor Theas que había entablado lazos de amistad con el matrimonio Azaña. Este Obispo fue deportado por los alemanes a Alemania, por haber defendido a los judíos, y más tarde, cuando tuvo la suerte de regresar, después de la liberación, fue Obispo de Tarbes y Lourdes.

Los representantes de México que se habían ocupado de instalar al Presidente en las habitaciones de un Hotel céntrico, habitaciones a nombre, de la Embajada Mexicana, se ocuparon de todo. La delegación estaba formada por un Embajador, dos Secretarios de Embajada y un agregado militar. Lo quisieron hacer tan bien que incluso —gesto inútil—, hicieron embalsamar el cuerpo del Presidente.

Las autoridades del Gobierno de Vichy, presidido por el Mariscal Petain, prohibieron toda manifestación pública (¿no había que causarle pena al Generalísimo?) en el momento del entierro, y también que la bandera tricolor de la República envolviese el féretro del más digno de sus representantes. Los diplomáticos mexicanos lo envolvieron con la suya. Ninguna representación oficial francesa acudió al acto del entierro "como si se tratase de la muerte de un viajante de comercio en un Hotel de provincias". Sin embargo el Presidente Azaña era titular de la Legión de Honor francesa en su grado más elevado por el apoyo que prestó a Francia durante la guerra de 1914-1918.

Un numeroso grupo de españoles, con honda emoción y lágrimas en los ojos, acompañamos a nuestro Presidente a su última morada. También se unieron a nosotros representantes de los partidos políticos franceses, "no gubernamentales", claro está.

El féretro del Presidente fue colocado en un nicho en espera que estuviera hecha la tumba definitiva que diseñó D. Francisco Galicia, y en la que unos meses más tarde lo colocaron el propio Sr. Galicia, el General Hernández Sarabia y dos empleados del cementerio, cuatro personas en total ¡Y...un fotógrafo que hizo la foto que se une a esta crónica, antes de depositar el féretro en la tumba!

Una anécdota: si los representantes del Gobierno francés prohibieron toda manifestación, no pudieron evitar que el momento de depositar el féretro en el nicho provisional, aparecieran en los árboles y arbustos que se encontraban alrededor, diminutas banderitas con los tres colores de la República. Nadie supo de quien fue la iniciativa, ni quien realizó el gesto. Fue el homenaje silencioso de los españoles exiliados.

Muchos fuimos los que desfilamos, en silencio, presos de una honda emoción, con un nudo en la garganta que nos ahogaba, ante aquel féretro. Qué lástima que España, no permitiera por su intolerancia, su falta de cultura política, por la alianza de las grandes potencias financieras del país, del Ejército y de la Iglesia, que este gran estadista, que lo era más que político, que esta figura insigne del parlamentarismo español, de honda y recia cultura, no pudiera para bien de todos los españoles, llevar a cabo todos los proyectos que su acendrado amor a la patria habían hecho nacer en él. Y digo bien de todos los españoles, pues como decía él un día, en uno de sus discursos: "Yo soy el Presidente de todos los españoles", haciendo alusión en esta frase no sólo, a su aversión a la lucha fratricida entre españoles a la que estaba sometido, si no también a "una verdad legal", pues Azaña fue elegido Presidente de la República en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro en Madrid, por Diputados y Compromisarios, como exigía la Constitución de 1931, por unanimidad, sin ningún voto en contra ni de amigos ni de adversarios políticos.

Existe una leyenda nórdica que dice que los muertos hablan. Pero que para oír la voz de los muertos, hay que concentrar nuestra memoria en su recuerdo y también comulgar, en pensamientos y actitudes con lo que caracterizó y fue en vida motor, ideal y ejecutoria de los desaparecidos.

José de Benacantil volvió, sólo unos años más tarde, a inclinarse sobre la tumba del Presidente, en el Cementerio Viejo de Montauban. Ante aquella tumba donde reposan, definitivamente (por deseo expreso del Presidente) los restos del político español más ilustre, más ensalzado y más vilipendiado de nuestro siglo. Concentrado su pensamiento, en el silencio de aquel Campo Santo, oyó una voz que le recordaba la que un atardecer de 1938 había oído en el Salón del Concejo de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona, cuando Azaña *con hondo temblor de emoción*, con esa emoción de los hombres fríos que conmueve hasta las piedras, decia así:

"...Y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acorda-

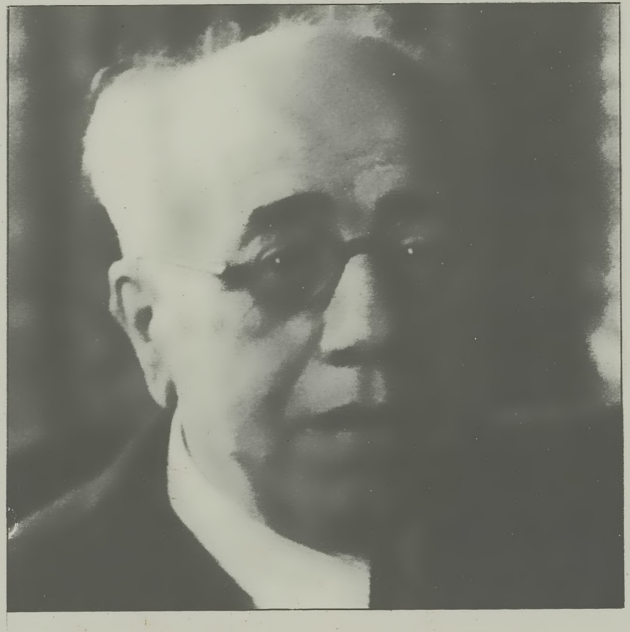
rán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchado por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor y nos envían con los destellos de su luz tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la Patria eterna que dice a todos sus hijos: PAZ, PIEDAD Y PERDÓN".

Así se confirmó una vez más la leyenda nórdica. Sí, José de Benacantil oyó de nuevo la voz del Presidente Azaña. Y también recordó que, unos meses antes de morir, el Presidente, estremecido de horror al enterarse de la macabra caminata falangista, de Alicante a El Escorial, trasladando, al parecer, los restos de José Antonio Primo de Rivera, había dicho:

"Que me dejen donde caiga y si algún día, alguien cree que mis ideas eran dignas de difundirse, que las difunda. Esos son los únicos restos de un ser humano que deben ser movidos, si lo merecen". Así condenó y criticó lo que él llamaba "la manía que tienen los españoles de zarandear a los muertos".

Y precisamente el orgullo de José de Benacantil y el mío es formar parte de esa inmensa legión de mujeres y hombres esparcidos por la faz de la tierra, convertidos en "monjes laicos" sin teja, ni muceta, ni cogolla, que siempre se han esforzado en transmitir a las generaciones venideras, como notarios que "dan fe", con diáfana y sincera precisión ajena a todo sectarismo, las enseñanzas, las lecciones de ética y el amor, el intenso amor a la Patria, de quien fue en lo político nuestro guía y en lo espiritual nuestro Maestro, y a quien, con cierta familiaridad, hija de la admiración que por él sentíamos, pero con un inconmensurable respeto, como ya dije otra vez, más grande que el anillo de Saturno, le llamábamos sencillamente: DON MANUEL!!■

Toulouse, 1990



Una de las últimas fotos de Azaña, ya enfermo.